

DOMINGO XIV ORDINARIO

Queridos hermanos y hermanas:

En el Tiempo Ordinario no nos fijamos tanto en unas fiestas o en un misterio determinado de la vida de Cristo, sino que vamos celebrando la sucesión de los domingos, nuestra Pascua semanal, el día del Señor, en el que la Eucaristía -con su reunión comunitaria, la proclamación de la Palabra y la Fracción del Pan- nos va alimentando en nuestro camino.

Hoy, por ejemplo, en el evangelio de Lucas, escuchamos cómo Jesús se quiso servir de la ayuda de los 72 discípulos a quienes envió a evangelizar a los pueblos.

A la vez, leemos ya el último pasaje de la carta de Pablo a los Gálatas. La Palabra de Dios es la mejor escuela de nuestra formación permanente, y la Eucaristía nuestro mejor alimento para el camino.

Jesús se hace ayudar en su misión. No se conforma con los doce apóstoles. Ahora elige y envía a otros setenta y dos, de dos en dos, a prepararle el camino.

"¡Pónganse en camino!". Cristo sigue llamando también ahora a muchos cristianos, sucesores de aquellos 72 -sacerdotes, misioneros, religiosos, padres, educadores, cristianos comprometidos, testigos de Cristo en medio del mundo, laicos que participan en los varios consejos y equipos parroquiales- que intentamos colaborar en la evangelización de la sociedad, generación tras generación.

Todos los cristianos nos deberíamos sentir testigos y misioneros. De forma distinta a los doce y sus sucesores, es verdad, pero con una entrega generosa a la misión que tengamos encomendada. Hace dos mil años que esos 72, multiplicados por miles y miles, no han dejado de anunciar la salvación y el Reino. La comunidad cristiana, toda ella, se convierte en misionera, pueblo sacerdotal, mediadora entre Dios y el resto del mundo.



Valen también para nosotros las consignas que Jesús dio a esos 72 discípulos para su misión evangelizadora. Son consignas que parecen como calcadas de las bienaventuranzas que leíamos hace pocos domingos: humildad, espíritu de pobreza, actitud de paz, aceptación de las persecuciones...

Ante todo, somos "enviados". La iniciativa es de Cristo, y por eso nos dice que debemos orar para que Dios siga llamando y enviando, que siga suscitando vocaciones de cristianos que quieran colaborar en la evangelización de este mundo: la evangelización de niños, jóvenes y mayores, sanos y enfermos, de pueblos que nunca han oído hablar de Cristo y de los que pertenecen a países de vieja raigambre cristiana pero que necesitan siempre una nueva evangelización, porque nadie nace cristiano.

La mies es mucha. Los dispuestos a colaborar con Dios, pocos. Todos deberíamos preocuparnos por las vocaciones. Los campos de trigo necesitan braceros que trabajen en la siega. Los árboles frutales, gente que recoja la fruta. Ahora, con más urgencia que nunca, en un clima secularizado, los cristianos nos debemos sentir pregoneros del Señor y trabajadores en su campo, cada uno en su ambiente.

En segundo lugar, Jesús les recomendó que no llevaran demasiado "equipaje" para su misión, porque les estorbaría: "no lleven talega ni alforja ni sandalias". Los testigos de Jesús, sobre todo los misioneros, sacerdotes y religiosos, deberíamos llevar una vida sobria y mantenernos libres de intereses y posesiones, para poder estar más disponibles para la tarea fundamental. Este es el sentido de los votos de pobreza, de castidad y de obediencia de los religiosos. Los misioneros de Cristo deben sentirse peregrinos, no instalados cómodamente en posiciones conquistadas.

Además, hay otro aspecto del que también avisa Jesús: sus enviados han de estar dispuestos a que en algunos lugares les reciban bien, y en otros sean rechazados. No nos ha prometido que siempre seremos acogidos y que nos va a resultar fácil nuestro testimonio de vida cristiana.



A veces, como en el caso de los 72, nuestro trabajo se verá acompañado de un claro éxito y nos sentiremos satisfechos: "¡hasta los demonios se nos someten en tu nombre!". Ojalá tengamos a alguien, como los 72 tuvieron en Jesús, con quien compartir nuestros interrogantes y dificultades, y también nuestras alegrías. Que sepamos "rezar" nuestra experiencia, tanto si es buena como mala. Que la convirtamos en alabanza y en súplica ante Dios, porque él sigue moviendo los corazones de muchos e iluminando a los de corazón sencillo, triunfando de los poderes del mal y abriendo las puertas del Reino a muchas personas.

Pero otras veces tendremos seguramente dificultades que nos vienen de fuera o de nosotros mismos. Pablo habla de que lleva en el cuerpo "las marcas de Jesús", y que sólo sabe gloriarse "en la cruz de Jesucristo".

Ir "como ovejas en medio de lobos" significa también que nuestros métodos no han de ser ni de violencia ni de imposición, sino de suavidad y persuasión. Si nos rechazan, no tendríamos que intentar tomarnos la justicia por nuestra mano, condenando a derecha e izquierda.

A cada uno de nosotros nos sigue diciendo Jesús: vayan y anuncien el Reino de Dios, el amor de Dios; sin pereza, con sencillez, con ánimo gratuito y desinteresado, con serenidad en las dificultades, alegres por poder colaborar en la obra salvadora de Dios.

¿Se puede decir que los cristianos de hoy -por ejemplo los padres para con sus hijos- anunciamos paz y alegría? ¿contagiamos esperanza a nuestro alrededor? ¿se nos podría caracterizar como personas que dan testimonio, en su vida, de una fe alegre, positiva, que infunde paz? Un sacerdote que predica y confiesa, una catequista que transmite la fe, un maestro que enseña religión, ¿comunicamos ese mensaje de paz y de cercanía materna o paterna de Dios? ¿o tal vez damos una imagen de fe basada en el temor y nos dedicamos a anunciar calamidades? Allí donde vamos, ¿se puede decir que se oye lo de "paz a esta casa"?



Lo cual no significa que sólo anunciamos cosas buenas. Un profeta debe saber también "denunciar" y no callar ante las situaciones injustas o el deterioro de valores fundamentales. Pero, a la larga, el conjunto de nuestro testimonio debería ser positivo. La Buena Noticia, la paz de Dios, que es como el resumen de todos los valores de su Reino.

Homilía Pbro. Carlos Chavarría
Parroquia San Benito, San Salvador, El Salvador